

última novela de S. Garmendia

la delicada empresa de recuperar la memoria

PEDRO TRIGO

En el Nuevo Mundo se han domado ya muchas cosas. Aún no el tiempo. El tiempo es un ser vivo y todavía no se le conocen ni las dimensiones ni las costumbres. En unas pocas horas puede hacerse o derrocharse toda una vida y luego pueden pasar semanas y aun meses en que no pasa nada, ni uno tampoco pasa, sólo transcurren lentamente las cosas: una flor que se cierra, la pared que envejece, el aire que se viene o se queda quieto, el mundo que se siente respirar. Los periódicos sólo traen las fortunas o las catástrofes: A Ecuador le tocó el petróleo, en Perú se fue la pesca, el guerrillero está ahora de senador, ese flaco fue presidente de la república, le pegaron cuatro tiros. Nada se dice, no hay palabras para todo un mundo: el olor que baja a ratos del cedro, ruidos que se oyen en la siesta de voces, carros y polvo, las plantas de sombra que se derraman por los patios, las cosas que pasan por la calle cuando uno no tiene nada que hacer y ya ni mira y a lo mejor en casa están necesitando plata... Lo que pasa por el cuerpo de uno cuando uno sabe qué es uno y ya hasta desaparece la diferencia entre adentro y afuera y toda anda como desarmado...

Por eso en América Latina caben a la vez las acciones y pasiones sin coordenadas, recién estrenadas, sin cauces ni cálculos de García Márquez, y la descripción inmóvil, basculando lentamente sin lograr nunca pergeñar una figura definida de alguna especie conocida, de Salvador Garmendia.

El suyo es el tiempo de la infancia, tiempo detenido, tiempo recurrente, tiempo íntimo de desolación e ilusión. Uno de los tiempos-símbolo del continente.

Y también son niños sus personajes adultos perdidos en las ciudades, sonambúlicos, descomprometidos del proyecto actual de la sociedad absurdo y ajeno, pero también destruidos por él, sin poder ya rescatar ni sus sueños.

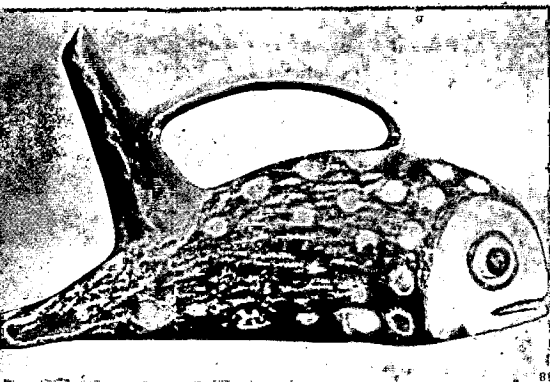
Sólo un niño puede leer esos rastros difusos y suscitar a partir de ellos vastos pedazos de un mundo y de una edad semi-hundidos. Sólo un niño, por no estar comprometido en esta gran mentira, atrapado en esta maquinaria tremenda puede tener libertad para ver, para atar cabos, para dar lugar a que se armen en él las figuras del tiempo.

Quienes hablan son los niños, los excéntricos, los viejos: todo lo pueblan con sus deseos, sus imaginaciones y sus recuerdos.

Lo que en otras novelas suyas son proyectos descoyuntados por la dureza de la vida, son en ésta proyectos inverosímiles que nacen totalmente descolgados de la realidad, nacen para mantener esa fiebre que da vida, para la derrota que puede demorarse toda la vida o el terremoto que viene a rubricar casi gloriosamente una derrota que sería desmedidamente pequeña sin él.

Esta impresión de descripción inmóvil, de tiempo congelado no nace sólo de los temas. Está más aún en la perspectiva y en el lenguaje. Los cuentos están superelaborados: es la contemplación embebida del adulto que no sabe qué hacer con ellos y los da vueltas interminablemente e inventa palabras que nunca dijo tratando de echar cabos a esas ínsulas extrañas e inalcanzables de su infancia.

Es que la niñez no acude nunca directamente: sale de repente cuando uno se hace como niño y hace algo bueno o algo malo, algo asombroso o muy aburrido; entonces, cuando ha pasado la valla de las costumbres de mayor, sale la verdadera niñez, no esa que parece una mariposa colgada de un alfiler. Aunque por momentos ese ponerse a escribir empecinado y lánguido, como esos tiempos febriles de la adolescencia, salte la barrera de los hábitos del escribiente profesional y se susciten mundos vivos como el cuarto sin polvo de Melquiádes.

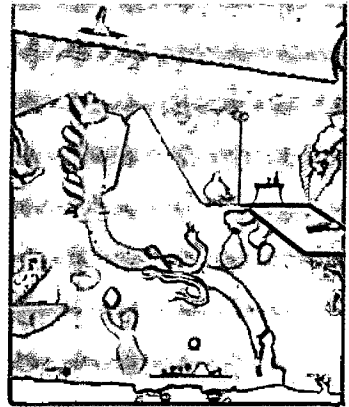


GARMENDIA, Salvador: *Memorias de Altigracia*. Ed. Barral, Barcelona, 1974, pp. 206.

Diríamos que el libro de la **Cándida Eréndira** ha precipitado muchos otros que estaban disueltos en la memoria. Ha sido el hilo de Ariadna. Pero nadie puede llegar al parnasianismo alucinado de García Márquez. Y menos aún Garmendia cuyo clima ha sido siempre lo heteróclito, lo opaco, lo déslucido, lo incompleto. Y puede surgir en el lector un cierto error de óptica que lleve a leer estos libros a través del de García Márquez, y no a todos ellos a través del doble esfuerzo de encontrar la autonomía de la escritura, la especificidad de lo literario como el modo de rescatar, de inventar en profundidad zonas ignoradas del yo personal y colectivo.

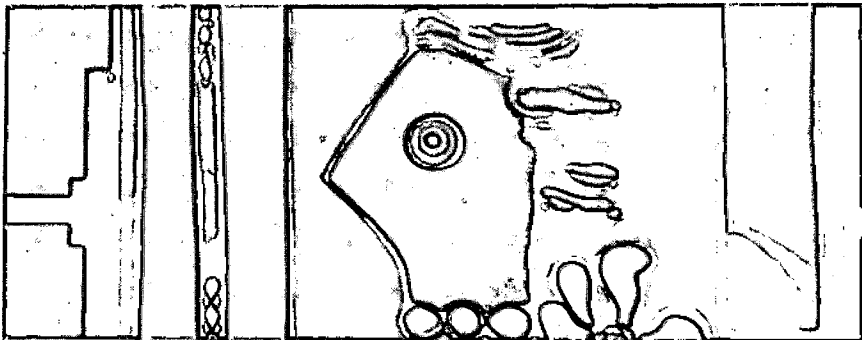
En esta aventura, **Memorias de Altigracia** no es aún la síntesis, pero sí un notable avance con logros definitivos. En sus primeras obras Garmendia tiene más elaborado su mundo que sus medios expresivos, observamos una cierta apoyatura sarreana tanto en los conceptos como en el tipo un tanto convencional de realismo demasiado objetivo, externo, que parecía de escayola. Luego va ganando genuinidad, creatividad, capacidad de simbolización. En **Difuntos, extraños y volátiles** y en **Los pies de barro** se observa un gran esfuerzo para liberar el estilo y la estructura. Acá a veces se observa demasiada artesanía lo que indica que no pesa tanto el núcleo estructurador y uno gusta de cada frase porque no le lleva el todo, a veces la magia consiste en trucos de escritorio llevados con maestría pero un tanto manoseados y carentes ya de interés. Pero el conjunto convence y en verdad se suscita ese mundo infantil que ha tenido que ser negado para poder sobrevivir en el nuevo orden falso de la ciudad; se suscita como clima porque en realidad la infancia no posee unidad anecdótica sino de perspectiva: un mundo en el que no hay mercancías, en el que las costumbres son como animales vivos, un mundo extremadamente personalizado, en el que las postales cobran la tercera dimensión y se ponen a vivir, en el que Salgari puede resultar revelador y modelo de vida y en el que la vieja plaza grávida de recuerdos pare de pronto una antigua historia alucinada.

Si un obstáculo insuperable para lanzarse a un proyecto histórico consiste en el presentimiento chato y desmemoriado de la sociedad de consumo, este problema es especialmente vivo para Venezuela, un país que es pura piel extremadamente sensitiva a cualquier estímulo. La infancia queda como un islote imposible que influye pero que no se puede procesar. De ahí la importancia de estos buceos que aparecen en gran parte de la moderna novelística venezolana, que están presentes en todas las obras de Garmendia como telón de fondo y que en ésta encuentran su relieve exacto.

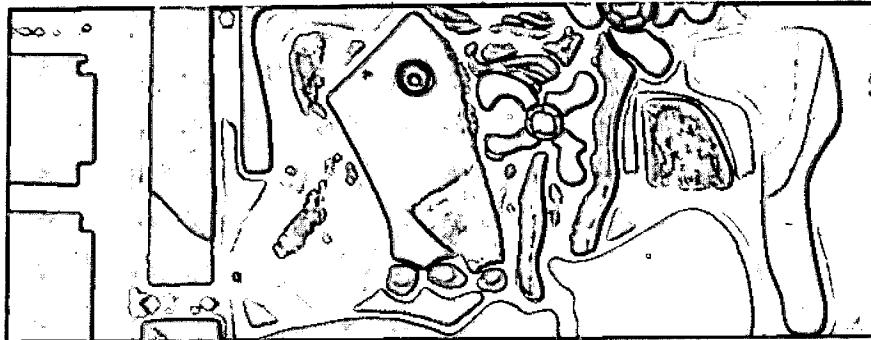


"Yo pasaba casi toda la tarde montado en el naranjillo del traspatio y en ese árbol copudo todo lleno de viento, era posible que nadie pudiera dar conmigo durante horas, a pesar de que los gritos de las viejas llamándome sonaban por toda la casa. Las ramas formaban territorios distintos, casas de muchos compartimientos o lugares sombríos por donde cruzaba algún río tormentoso o se abría la boca de una cueva a la cual se entraba arrastrándose.

Un muro de hojas se abrió de repente debajo de las nubes: era la gran extensión del viento, el lugar más solo del mundo; un aire tan limpio, una quietud tan vasta y transparente adonde sólo llegaban rumores lejanísimos, era la tierra inhabitable donde vivían las ideas de las cosas, las gentes y las cosas que se piensan sin que lleguen a tener forma verdadera."



"Habitualmente él estaba echado en un chinchorro cantando a media voz, mientras movía los ojos que tenían una agilidad de pájaro. Había un pequeño fuego en un rincón y todo estaba lleno de humo negro. En las paredes colgaban ciertas cosas sin nombre, tal vez restos de aperos o herramientas, viejos y torcidos. Una marrana gorda, barnizada de barro, pasaba debajo de su amo arrastrando las tetas. Yo me sentaba en el suelo contra la pared, y al mirar a la puerta veía pasar un viejo 'Packard' negro, destechado y con una rueda empotrada al estribo, que dejaba en el sol una imagen alada de grandes sombreros de mujer y cintas de colores movidas por el viento.



"Engracia continúa encerrada en su cuarto. ¡Pero si es la cosa más bella del mundo, Dios mío! Nada puede haber más bonito en la tierra como las postales viejísimas que la sorda va repasando ahora entre sus dedos. Aquellas señoras que visten túnicas rosadas, los cachetes de porcelana, el perfil delicado que baja en una sola línea curva desde la frente, un cuello tan delgado, tan fino, casi transparente como una pieza de vajilla, las boquitas menudas y rojas y los ojos chispeantes o dormidos. Las nubes sueltan angelitos que juegan con chales de seda; cuántas niñas gorditas de cabellos largos y dorados caminan sobre el globo del mundo cargadas de rosas amarillas; al fondo, hay paisajes de humo; los elegantes caballeros maduros, de casaca y chistera, enseñan las pecheras blancas, los bigotes rizados..."